IV

Hay todavía más. Puede suceder, y sucede muchas veces, que no se haya extinguido la memoria de los beneficios que el Señor nos ha concedido en la divina Eucaristía; que exista aún en el corazón cierto sentimiento de amor á este dulcísimo Misterio; que experimente el alma una emoción inefable al presenciar las grandes solemnidades de la religión, y sin embargo, parece que no se considera indispensable para conservar la vida del espíritu, la frecuente recepción del Pan de la inmortalidad. La convicción de la propia miseria, el cuidado de los intereses temporales, la esperanza de un tiempo más amplio y oportuno, óbices aparentes, que pueden, cuando hay voluntad, fácilmente superarse, nos mantienen distantes de nuestro Único Bien; y es imposible en semejante situación caminar al último fin, ni llenar las obligaciones que á cada uno ha señalado la Divina Providencia. Si entonces el alma vuelve los ojos sobre sí misma, halla marchita aquella lozanía y fuerza que tuvo en mejores dias, cuando todo lo bueno se le hacía fácil y agradable; ve que los deseos del mundo y de la carne, semejantes á un fuego secreto y destructor, la consumen, como los rayos del sol consumen el heno de los campos; ve que el corazón está árido para la piedad, para la devoción, para la dulzura del amor divino; y experimenta la necesidad de reconocer que la causa de estas desgracias, preludio tal vez de otras mayores, es el olvido profundo, el olvido práctico de la Sagrada Comunión, de ese Pan que nutre y fecundiza las heroicas resoluciones y los frutos de santidad en cualquier estado de la vida. *Percussus sum ut foenum, et aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum.*[1]

¡Olvido infausto! Cuando entras en el corazón, apagas el fuego del amor divino que ardía en él, é impides que se encienda de nuevo. Tú engañas al mortal, haciéndole creer que por sí tiene la fuerza bastante para obrar el bien, y que puede pasar la vida felizmente sin la Eucaristía, como el joven del Evangelio, que creyó ser feliz lejos de su padre.

V

"En ese país lejano, dice el Evangelio, disipó todos sus bienes viviendo licenciosamente." ¡Infeliz! Más le valdría haber permanecido bajo la sombra del hogar doméstico, siguiendo el ejemplo de su hermano. El respeto y la obediencia le hubieran obligado á multiplicar con su trabajo esas riquezas que el afecto y el sudor paternal habían reunido. Pero no; quiso más bien destrozar con ignominia, esclavo de sus apetitos, los brillantes elementos de su bienestar. Todo lo dilapidó en el desorden y en la disolución. . . .

1 Salm. CI, 5.

"Sí, ¡ay! todos los bienes de la naturaleza y de la gracia. Porque el pecador, entregándose al placer y á la libertad, derrocha los dones de Dios, la caridad y las virtudes; oscurece de tal modo su entendimiento, que no reconoce á Dios, ni al bien de la gracia; deprava su voluntad en tal grado, que antepone el vicio á la virtud, el deleite á la razón, la tierra al cielo, el demonio á Dios; y en lugar del hábito de las virtudes, se viste el hábito de los vicios y de la propensión á todo lo malo. Queda, por tanto, destituido de consejo, de razón, de inteligencia y de todo bien. Por último, todas las fuerzas del alma y del cuerpo, que debían servir al Criador, son obligadas á servir á las criaturas, y principalmente á la destemplanza y á la sensualidad."[1] Conducta horriblemente infiel, de la cual decía David: "Los que se alejan de tí ¡oh Señor! perecerán, y tú has resuelto perder á los que te abandonan por seguir sus injustos deseos."[2]

¡Almas que amais al Salvador, y que conoceis por vuestra propia experiencia los inestimables tesoros de gracia que os otorga en la Eucaristía! A vosotras llamo por testigos para que declareis qué ha sido de vosotras, cuando os habeis alejado de la mesa del Señor. Vosotras sabreis decir los horribles peligros que os han rodeado lejos de Aquel que es el único que puede refrenar las impetuosas tendencias del corazón. Vosotras demostrareis á la faz del mundo entero, la furia satánica con que

1 Corn. Alapide, Sobre el Evangelio de S. Lucas. XV, 13.
2 Salm. LXXII, 27.

el alma, olvidando la Eucaristía, rasga en sí misma la celestial vestidura de la gracia, y arroja en el fango el precioso ornamento de las virtudes cristianas.

VI

El rubor cubre nuestra frente, al recordar el destrozo total que hemos hecho de los dones divinos, desde el triste momento en que el pecado, envolviéndonos en su negro manto, nos arrastró á esas remotas regiones donde reinan solamente la degradación del hombre y el olvido de Dios. ¿Y qué, nuestro amoroso Padre, nuestro Salvador, no se acuerda de nosotros? Sí. Como no vive en la Eucaristía sino para pensar en nosotros, siempre se ocupa en medir la distancia que nos separa de Él; siempre contempla con dolor el abuso que hacemos de los bienes que con tanta profusión nos ha dispensado; siempre es desgarrado su corazón por nuestro olvido. Allá, en las regiones de la iniquidad, alcanzan las dulces miradas de Jesús á ese hijo tan amado, que se complacía en ver á sus pies cuando era niño, lleno de inocencia y de temor, y ahora se entristece viéndole esclavo de sus funestos devaneos. Y le mira correr ansioso durante el dia en pos de las sombras que forman su ilusión y su encanto; y le mira agotar su fortuna, su salud y su reputación durante la noche, imagen clara de la oscuridad de su alma, en los vergonzosos place-

res que preside el espíritu de las tinieblas. En medio de las orgías y de los saraos que el mundo hace brillar con las antorchas de la muerte, para atraer con su fatídico resplandor á los que ya no quieren vivir para Jesucristo, ¿existe acaso una sola mirada que se cruce con la del Salvador?.... "Gocemos, dice el pródigo, porque así lo quiero." ¡Qué ciego está su corazón!....

VII

La historia del hijo pródigo, en su primera parte, es la historia de todos los pecadores. "Pérdida de la amistad de Dios..... pérdida de los méritos pasados.... pérdida de esa educación cristiana..... pérdida de esas inclinaciones tan favorables á la piedad..... de ese gusto por la virtud..... de esa delicadeza de conciencia..... de esa rectitud de corazón..... pérdida de esos talentos corrompidos por las pasiones..... pérdida de la razón..... tal vez de la fe..... ¡Oh qué funesto uso de los dones de Dios!"[1]

Hé aquí el olvido de la Eucaristía. El Salvador es el único Padre á cuyo lado podemos ser felices. ¿Buscaremos en país lejano nuestra desgracia?.....

1 Manresa. Consideración sobre el hijo pródigo.

REFLEXIÓN VIII

EL HAMBRE Y LA SED.

Fame pereo.
Perezco de hambre.
LUCAE. XV, 17.

I

ACABAMOS de ver al hijo pródigo lejos de la casa paterna, frenético en sus extravíos, ávido de felicidad.....

"Después de haberlo gastado todo, continúa el Evangelio, sobrevino una grande hambre, y comenzó á verse en la indigencia, y se puso á servir á uno de los habitantes de aquel país, quien lo envió á su granja para que apacentase los cerdos. Allí se vió reducido á tan extremada miseria, que envidiaba á los cerdos su alimento..... Habiendo, en fin, vuelto en sí, se dijo á sí mismo: ¡Cuántos criados hay en la casa de mi padre que tienen pan con abundancia, mientras yo perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre, y le diré: Padre mio, pequé contra el cielo y contra tí; ya no